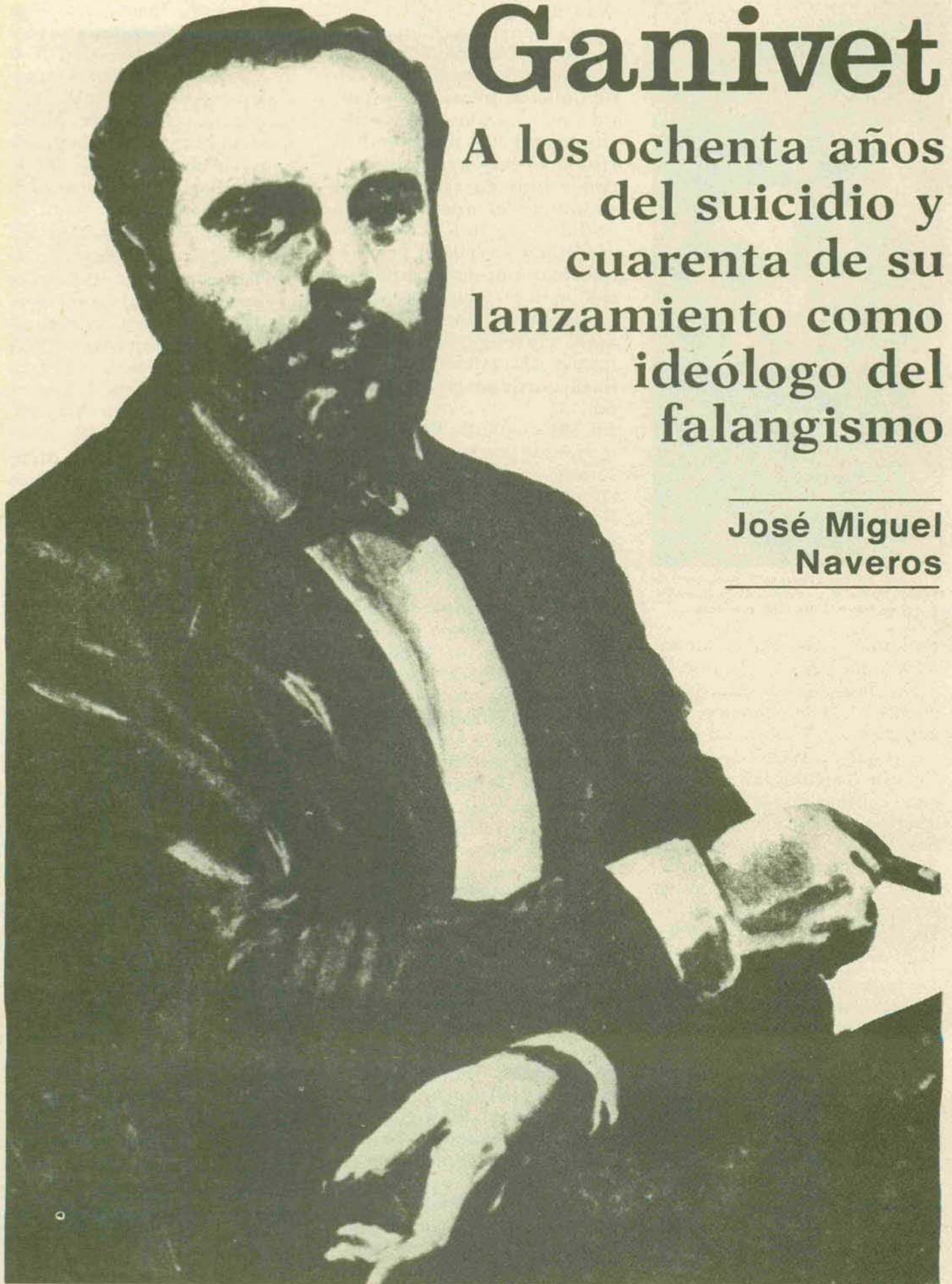


Ganivet

A los ochenta años
del suicidio y
cuarenta de su
lanzamiento como
ideólogo del
falangismo

José Miguel
Naveros



EN 1942 Ediciones «Fe», de Editora Nacional, reedita el «Idearium» de Angel Ganivet. Prologa esta reedición Pedro Laín Entralgo y lo hace dentro de un **verticalismo** que, pasados algunos años, lleva al autor del desdichado prólogo a darse de bruces en el suelo. Laín comienza «1. Actualidad de Ganivet» (componían el prólogo: «Tres notas y un pico sobre el 'Idearium español'»), diciendo: «No sé si la coincidencia tendrá raíz profunda, como profundo tiene el sentido: el hecho es que descubrí en el centro mismo de Europa la secreta actualidad de Angel Ganivet, español castizo. Fue en Berlín, en días de septiembre de 1938. En el aire, el melado sol de estío brandemburgués prestaba suave impreso al otoño; pero los hombres, que a la sazón habían oído palabras de guerra, oponían en la ciudad su angustia a la mansedumbre equinocial. Sólo se dilata el ánimo donde el campo —como sucede en todos los barrios berlineses— corta con trechos de calma vegetal el compacto cuidado de los hombres. Así en Dahlen, donde vive el profesor Carlos Schmitt, con quien aquella tarde conversamos el filólogo Antonio Tovar y yo».

ENTENDEMOS que en Dahlen, en ese día de septiembre del 38, se le dio a Angel Ganivet el carnet de falangista-hitleriano. Se abrió a un hombre liberal, precursor de la generación del 98, un campo de acción que nunca fue el suyo. En ese «Idearium» (la edición que está en nuestras manos) (1) podemos leer: «...la Humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz y no puede engendrar nuevos dioses».

A esta apreciación de Laín añadamos otra de su prólogo —Nota «2. Senequismo, Hispanismo y Cristianismo»— donde recoge aquella terrible historia nórdica del campesino que en su trineo, con sus cinco hijos, se ve alcanzado por la manada de lobos, que muerden ya las patas de sus caballos y les arroja el niño más pequeño para ganarles tiempo y distanciarse de ellos,

mientras se disputan la presa, y salvarse con los otros cuatro. Punto de referencia del pensamiento ganivetiano para salvar la ruina espiritual de España arrojando un millón de españoles a los lobos, «si no queremos arrojarnos todos a los puercos». Hecho que Laín acepta exclamando:

«¡Ay, Ganivet amigo, castizo e inteligente, animoso y apesadumbrado, cómo acertaste a ver la tragedia sangrienta y dolorosa de nuestra generación! Como tú presentías, no menos de un millón de españoles ha habido necesidad de arrojar a los lobos. Que los restantes, libres de los puercos, más circundados por el peligro de vivir ya dentro del mundo, sepamos transformar en gloria y sacrificio». (2).

(2) Incide en esta apreciación Agustín de Foxá, conde de Foxá. «ABC en Finlandia: 'Huella de Ganivet'». Helsinki, enero, 1942. Dice: «Por aquí, por estas tierras, en la misma Rusia en la cual él fue cónsul, veinte mil jóvenes están dispuestos a morir por su fe y no temen entregarse a los lobos para salvarnos a todos».

Como vemos, al terminar la guerra de España se echó mano a Ganivet y con él se quiso espiritualizar una guerra, justificarla y buscarle su profeta-filósofo. Cuando en el «Idearium» resplandece, llena de democracia y de naturalidad, la voz íntima de un hombre que se da a su pueblo en un libro político nacional sin articulado ni órdenes. Se le quiso desvalijar sin conseguirlo, y ahora vuelve en un momento crítico importante dando valimiento a sus auténticas afirmaciones: «El hombre es libre mientras es dueño del instrumento de trabajo». Esta es, sin duda, una afirmación «georgista» (de Enrique George), y está en conexión con otra anticipación del problema social: «Ningún daño grave puede venir de una fuerza organizada y todo hay que temerle de esas energías dispersas que parecen no existir y que en los momentos críticos salen a la superficie y arrasan cuanto encuentran al paso».

La huella de Angel Ganivet

(1) Breviarios del pensamiento español, Angel Ganivet: «Idearium español», Ediciones Fe, 1942.



Ganivet, en cuatro meses de estancia en Granada —su «Granada la Bella»—, 1897, creó la «Cofradía del Avellano», paraje de la fuente de este nombre, quedando el Sacromonte a la izquierda, y la Alhambra y el Generalife a la derecha. (Vista general de Granada).

hay que seguirla no bajo ideas gacetables —las gacetas no encierran ideas—, sino bajo la búsqueda de aseveraciones, que colocan su pensamiento de lleno en los problemas de hoy: «El aire particular que imprime a los hombres la comunidad de oficio sobrenada por encima del espíritu nacional y aún del espíritu de raza». (3).

LA PEQUEÑA HISTORIA DE UN HOMBRE MISTERIOSO

Para sacar a la luz a Angel Ganivet hay que empezar por decir que su fecha de nacimiento ha permanecido equivocada durante muchos años. Ortega y Gasset mismo en su artículo «A cartas finlandesas y hombres del norte», de Angel Ganivet, dice: «Los trabajos de Pío Cid», «Idearium español», «Granada la Bella» son tres grandes libros españoles», y determina que su autor nació en 1862 (4). El error de Ortega y Gasset que viene, probablemente, de las enciclopedias

(3) «La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español, Pío Cid». Madrid, Victoriano Suárez, 1897.
(4) José Ortega y Gasset: *Obras completas*, tomo VI.

«Espasa» y «Sopena», dio lugar a que en el 1962 «La Vanguardia», de Barcelona, quisiera rendirle un homenaje en el centenario de su nacimiento, pero doña Isabel Ganivet, hermana del pensador granadino, rectificó dando la fecha exacta: 13 de diciembre de 1865. Este error se ha repetido también con la fecha de su muerte, dándose como segura la del 29 de septiembre de 1898, cuando es la de 29 de noviembre, día en que se arroja al río Dwina, Riga, capital de Letonia, donde era cónsul de España.

«Esta muerte inesperada —dice Melchor Almagro San Martín (5)—, poniendo contera a una existencia poco conocida, la coronaba de resplandores trágicos. No hacía falta más para que el mito Ganivet saliera armado de todas armas del magín de Navarro Ledesma y se lanzara mundo adelante. En 1903, la redacción de «Helios» escribía: «Ganivet ha sido un precursor; nosotros, los recién llegados a justas de belleza, debe-

(5) «Ahora», viernes, 28 de febrero de 1935. «La pequeña historia: 'Angel Ganivet, el misterioso, por Melchor Almagro San Martín'».

mos no poco a la impulsión de aquel que compuso «Granada la Bella». Ramiro de Maeztu le ha llamado «nuestro predecesor inmediato», y Eugenio d'Ors, «glorioso precursor, antorcha de fin de siglo y de Granada»... «Altamira, Bello, «Azorín», Bonilla San Martín, Julio Cejador, Rubén Darío, Fitz-Maurice-Kelly, Rodolfo Gil, Gómez Carrillo, Valery Larbeau, Miguel de Unamuno, Legendre, los González Blanco, Gómez Baquero y otros lo comentan y ensalzan».

En el esfuerzo de los elogios, Navarro Ledesma llegó a afirmar del escritor granadino: «Al trasladarse Ganivet de Flandes a Finlandia, adquirió no sé qué expresión misteriosa, vaga y profética, ennobleciéndole y transfigurándole hasta llegar a una de las más espirituales bellezas que varón alguno haya alcanzado»... «Seguíanle las mujeres con aquel instinto sublime con que otras mujeres de otros tiempos siguieron al Redentor y lo acompañaron hasta el pie de la Cruz».

Como se ve por lo transcrito, se hizo de Ganivet un hombre misterioso, no viéndolo desde

la perspectiva de su obra, de una valía indiscutible («Clarín» había dedicado un artículo elogioso al «Idearium español»), sino que se le elevó a mito. Y pronto Ganivet fue parangonado a Costa y a Unamuno, uniéndose a esta comparación a nivel intelectual una atracción personal por ambos sexos. En contados días el autor de «Granada la Bella» ocupó la cúspide del pensamiento español. «Se puso de moda —reafirma Almagro San Martín, granadino como Ganivet— buscar en los libros del maestro misteriosas citas y pensamientos para apoyo de las más diversas tesis...».

ALTERNATIVAS EN LA VIDA DE GANIVET

Ganivet era el segundo de seis hermanos —tres hembras y tres varones— y nació el 13 de diciembre de 1865. Vivió, pero no nació, en la calle del Molino, quizá llamada así porque en ella había un molino —propiedad del padre de Ganivet— en el que se ha dicho que trabajó el escritor. Este es otro de los errores sobre él, puesto que nunca trabajó como molinero.

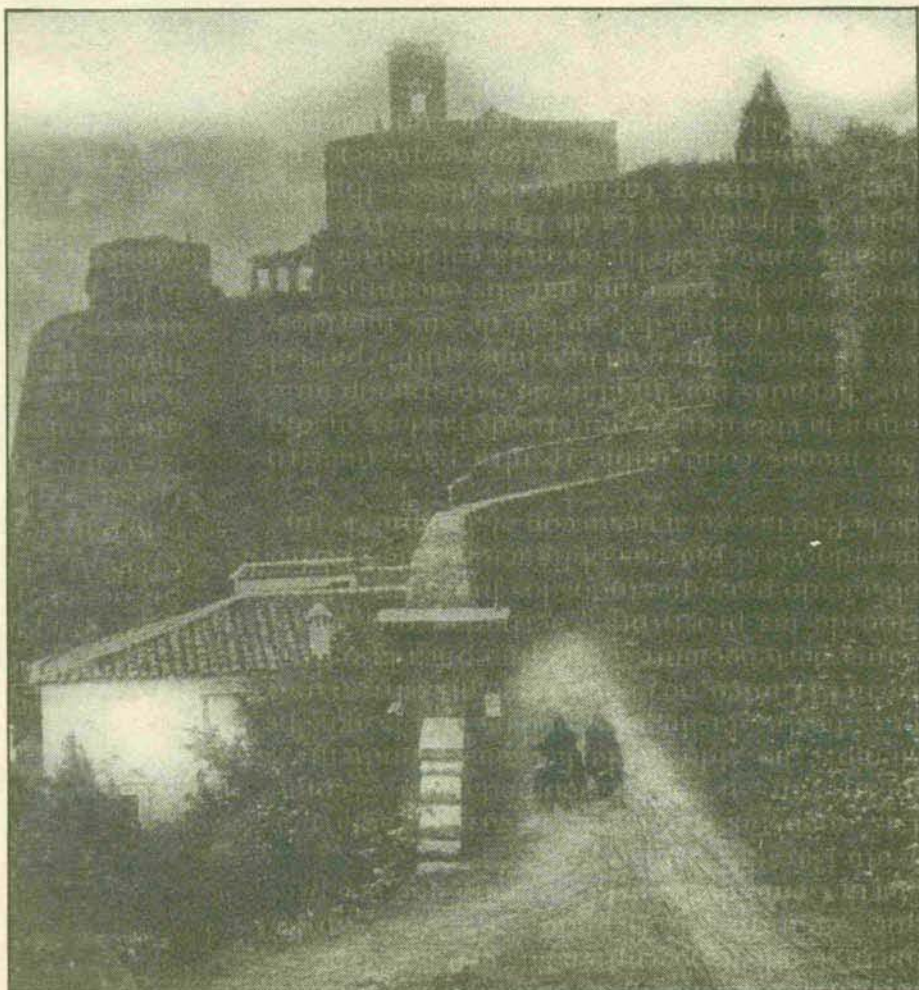
Muy joven se fracturó una pierna cuando jugaba con su hermano Natalio. La lesión, grave, le retuvo mucho tiempo en cama, dedicándose entonces a leer vorazmente. Su hermana Isabel ha contado que la lesión fue de tal importancia que se llegó a pensar en amputarle la pierna. Pero él, a pesar de su corta edad, se opuso con todas sus fuerzas, diciendo que prefería morir antes que quedarse cojo. Este accidente —aseguraba su hermana— le convirtió en un niño retraído, ya que no tuvo oportunidad de jugar con otros niños. Estudió Derecho y Filosofía y Letras, pero como

su gran pasión eran los clásicos, se decidió por la enseñanza del griego. Coincidió en las oposiciones a cátedra con Unamuno. No las sacó. Fue entonces cuando opusó al cuerpo diplomático. Sacó el número uno y fue destinado a Amberes. El que era un hombre sencillo se encontró implicado en una carrera que deslumbra y requiere de vida representativa. Cuando ascendió y fue trasladado a Finlandia, dijo: «Me alegro de ir allí. Es un país muy lejano al que van pocas personalidades y, por lo tanto, de poca vida social. Eso me evitará ponerme el uniforme».

Su desplazamiento a tierras lejanas, donde si bien no estuvo a gusto del todo, él añoró siempre Granada, sí le fue de utilidad para el desarrollo de

su ideas. Dice Ortega y Gasset que al «tomar contacto directo con la obra de las naciones del Norte y Centro de Europa, Inglaterra, Dinamarca, Escandinavia, Finlandia, Alemania, le ayudó a poner en su sitio, sitio de honor, pero acotado, limitado, al espíritu francés que hasta entonces había gozado de un influjo exclusivo y, a fuer de tal, sin límites».

Afirma Ortega, introduciéndose más en la obra ganivetiana, que: «Los trabajos de Pío Cid», «Idearium español», «Granada la Bella» son tres grandes libros españoles. A mí me parece el primero una de las mejores novelas que en nuestro idioma existen y donde mejor se conserva el Madrid de fin de siglo, que podría definirse así: **genialidad y**



Su desplazamiento a tierras lejanas, donde si bien no estuvo a gusto del todo, él añoró siempre Granada, sí le fue de utilidad para el desarrollo de sus ideas (Torre de la Vela de la Alhambra, cuadro de Félix Possart).

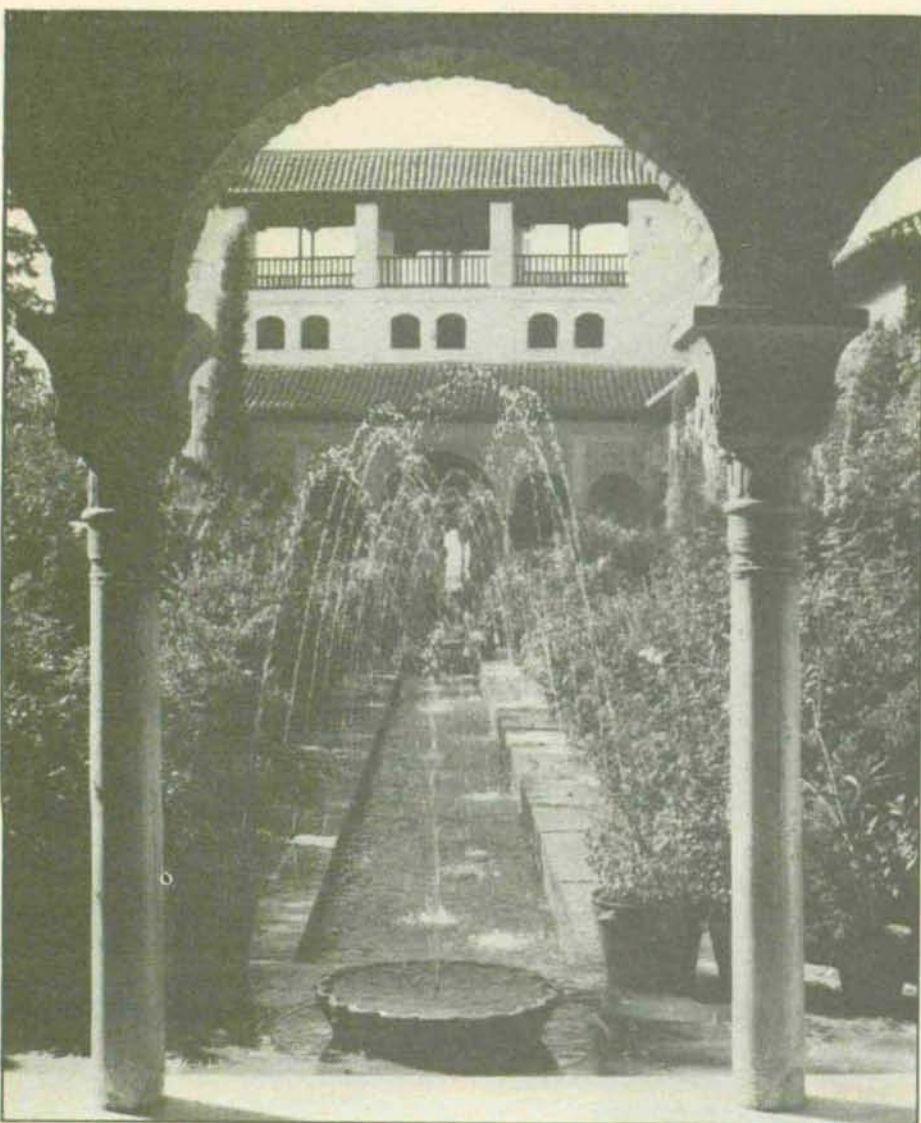
chabacanería. «Hombres del Norte», «Cartas finlandesas» son grandes libros europeos escritos en la hora mejor, cuando el contacto íntimo de unos con otros tenía aún la frescura de un descubrimiento y no existían todavía «posturas» ni intelectuales ni políticas de los unos frente a los otros».

No llevaba razón Azaña en su postura frente al «Idearium español», al que tachaba de contradictorio, postura que ahora se comenta al hacer la crítica de «Plumas y palabras» (6). Azaña se basa para juzgar a Ganivet en que Or-

tega dijo: «Ganivet —del cual tengo una opinión muy distinta de la común entre los jóvenes, pero que me callo por no desentonar inútilmente— leyó un librito, muy malo por cierto, de Th. Ribot, a la moda entonces, se entusiasmó y soltó la especie de la **abulia española**». Esto lo escribe Ortega en «Faro», 9 de agosto de 1908, y el artículo «A **Cartas finlandesas y Hombres del Norte**, de Angel Ganivet», lleva la fecha de marzo de 1940. Ortega, algo muy meritorio, ha rectificado y reconoce los méritos de este escritor granadino que, según Al-

Ganivet». Crítica de «Plumas y palabras». «El País», diciembre, 1978.

(6) «Manuel Azaña y el Idearium, de



«Se puso de moda —reafirma Almagro San Martín, granadino como Ganivet— buscar en los libros del maestro misteriosas citas y pensamientos para apoyo de las más diversas tesis...» (Alhambra).

magro San Martín, «a la manera de los filósofos griegos amaba la conversación al aire libre en suerte de Academia trashumante, que acampaba al amor de los boscajes umbrosos o al socaire de las fontanas».

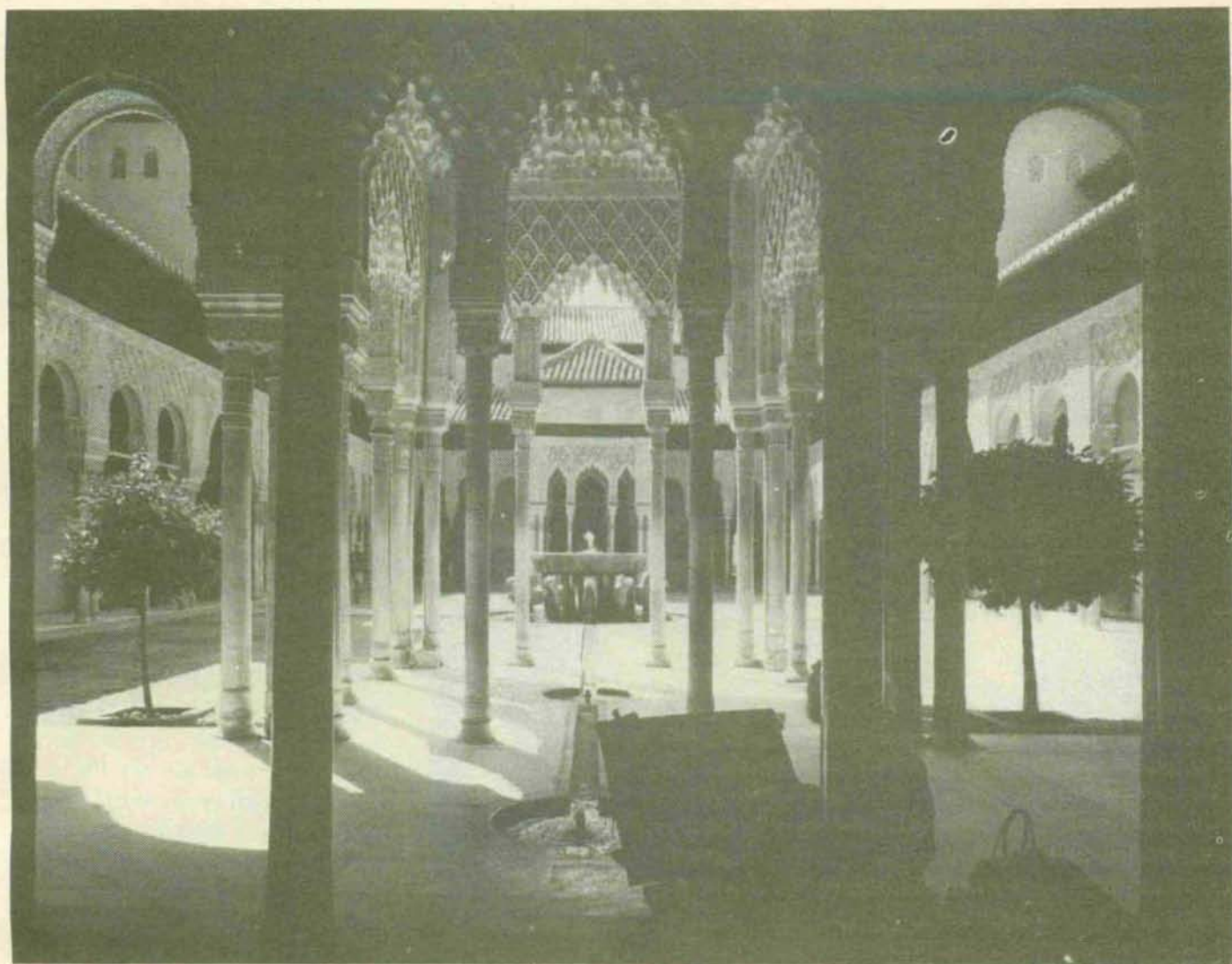
Mostrando ese aserto de Almagro San Martín, nos encontramos que Ganivet, en cuatro meses de estancia en Granada —su «Granada la Bella»—, 1897, creó la «Cofradía del Avellano», paraje de la fuente, de este nombre, quedando el Sacromonte a la izquierda, y la Alhambra y el Generalife a la derecha. La Cofradía existía desde varios años antes, pero no cuajó en realidad hasta el verano de 1897, durante los cuatro meses —de junio a septiembre— en que Ganivet disfrutó de vacaciones en su tierra natal. Por esto dijo Rubén Darío:

*«Despertaba libélulas, cazaba
[mariposas,
y tornaba a su fuente torre de
[pensamiento».*

La «Cofradía del Avellano» murió con la desaparición de Ganivet, y la fuente del Avellano volvió a su apacible soledad, y únicamente el azulejo de Fajalauza, que unos cuantos granadinos fijaron sobre la piedra de su frontispicio, recordaba la existencia efímera de la institución. Me parece estar leyéndola en el año 1934, cuando los cuervos negros no habían hecho todavía su aparición sobre Granada:

*En recuerdo de
Angel Ganivet,
genial escritor granadino,
fundador de la
«Cofradía del Avellano»,
que enalteció en sus obras
la belleza de este paraje.*

(Se alineaban así entonces las palabras, no sé hoy. ¿Estará allí el azulejo de Fajalauza?).



«Despertaba libélulas, cazaba mariposas, y tornaba a su fuente torre de pensamiento» (Alhambra, al fondo el patio de los leones).

GANIVET Y SU RIVAL DE OPOSICION, MIGUEL DE UNAMUNO

A Ganivet y a Unamuno, como ya hemos dicho, les unió el opositar a una cátedra de griego, que ganó el que luego fue Rector de Salamanca. Una de esas coincidencias que la vida ofrece y no se sabe por qué. Luego ambos iban a figurar como precursores de la generación del 98.

Unamuno, que alcanzó larga vida —y que quizá más larga hubiera sido sin aquel «¡Viva la muerte!»—, escribió reiteradas veces de su contrincante de oposición en términos justos y elogiosos. En un artículo titulado «Angel Ganivet», publicado en «La Noche», Madrid, 23 de octubre de 1898,

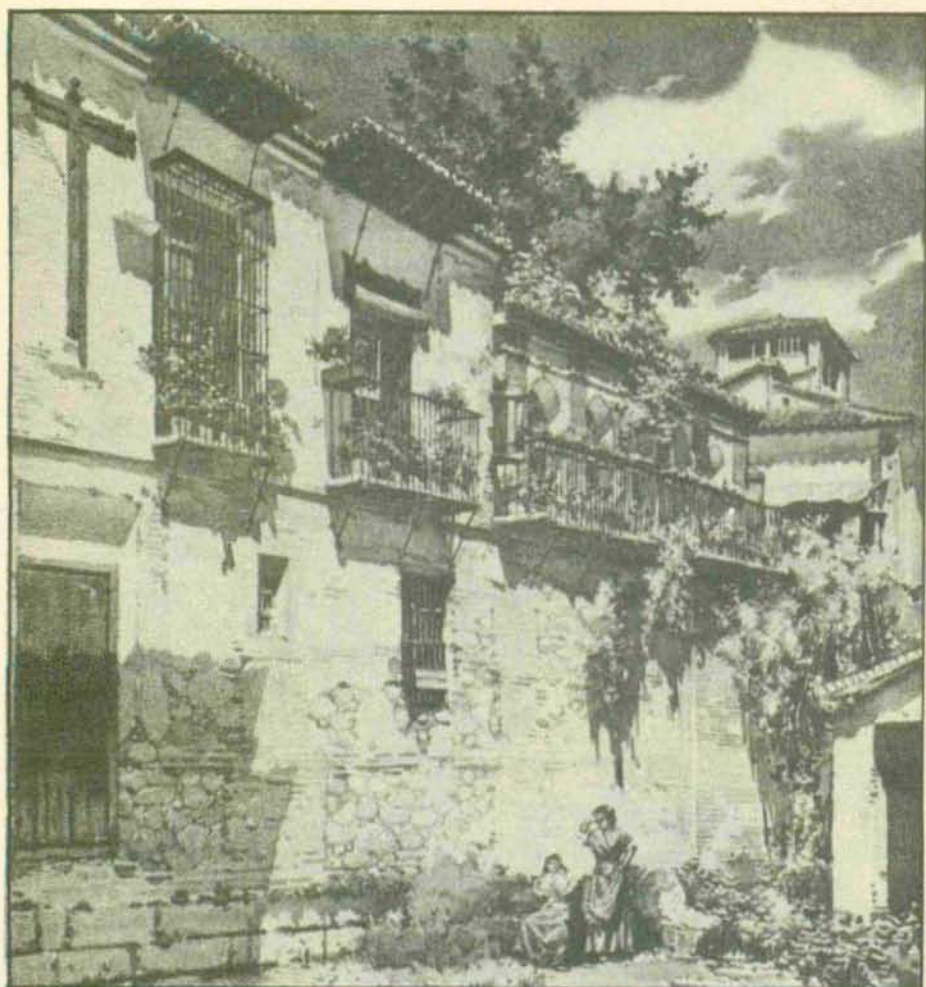
cuando aún éste vivía, hizo un análisis, donde decía: «Titulo este artículo con el nombre del autor y no con el de su última obra, porque unas veces son las obras las que dan valor al hombre que las lleva a cabo, y otras veces, como en este caso ocurre, sucede a la inversa. No son sus libros los que elevaron a Ganivet, sino que es él quien los ha de elevar, mientras no le hagan mal de ojo recomendaciones como la mía». Y agregaba: «Es un alivio el de encontrarse con que en la árida estepa de nuestra agarbanzada literatura rompe la soñolienta monotonía un árbol fresco, lozano y bravío como es Ganivet».

Hacia don Miguel una relación de las obras publicadas por Ganivet, dejando de cada una atinada nota, y fijaba su

atención en la que acababa de dar a la luz: «Los trabajos del infatigable creador Pío Cid». Unamuno afirmaba: «Pío Cid es indefinible». Este era el elogio unamuniano y dejaba hablar al propio Pío Cid: era él el que interesaba. Hasta tal punto fue así, que refiriéndose Unamuno a Ganivet veintiún años después, en un artículo titulado «Pío Cid sobre la neutralidad» (7), reproducía este párrafo de la novela ganivetiana citada:

«Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual, podremos aspirar a algo. Yo soy quizá el único español que tiene ese orgullo, pero

(7) «La Publicidad». Barcelona, 14 marzo 1917.



«Leed su «Granada la Bella» y veréis cómo vio claro que sin el embellecimiento interior de una vida libre y armónica, el jamón y el agua de colonia pueden llegar a ser una forma de barbarie». («De la vieja Granada», acuarela de Sádaba).

pronto nacerán centenares que lo tengan, y usted debía también afiliarse a mi bando, y puesto que posee bienes de fortuna, dejarse de diplomacias y trabajar para ser el primer poeta español».

Pero uno de los más atinados juicios de Unamuno sobre Ganivet lo recogemos de «Ganivet, filósofo», intervención de don Miguel en una velada homenaje al autor del «Idearium».

«Ganivet no cayó —dijo— en el practicismo, y mejor que practicismo, pragmaticismo torpe, en que caen hoy los más de los que aquí predicán escupideras, vacuna, altos hornos, máquina, escuelas de artes y oficios, y nada más que esto. Leed su «Granada la Bella» y veréis cómo vio claro que sin el embellecimiento interior de una vida libre y armónica, el

jamón y el agua de colonia pueden llegar a ser una forma de barbarie».

El estupendo «Pío Cid» ganivetiano fue tanto o más que su «Idearium» la estatua del propio Ganivet.

NO EL DIPLOMATICO ANGEL GANIVET, SÍ EL HOMBRE

«En Amberes y Helsinford —refiere Almagro San Martín—, Ganivet lee y escribe con profusión de empleado que invierte en sus trabajos propios el tiempo hurtado a los enfadosos expedientes oficiales. (¡Cuántos literatos se habrían frustrado, más o menos infelizmente, si no hubieran sido al mismo tiempo servidores del Estado, de la provincia o del Municipio!). Ga-

nivet no fue excepción en esta regla. Un canciller suyo, a quien conocí en Estocolmo, me refería que los compañeros diplomáticos y él mismo, nunca tuvieron a Ganivet por sobresaliente, sino por oscuro funcionario, muy negligente en sus deberes, que llevaba retrasados y en desorden los asuntos oficiales, a pesar de que había muy poco que hacer. «Iba siempre descuidado en el vestir, se aturullaba delante de la gente, vivía con estrechez, además se cocinaba él mismo, hablaba un francés ininteligible», me decía su antiguo empleado, con cierto desdén que no trataba de ocultar, añadiendo: «Se entretenía en escribir cartas. ¿Pero qué iba a hacer el pobre si no?».

Mientras, Ganivet, el diplomático escritor, nos ha retratado, a través de su Pío Cid, cómo era un representante español en el extranjero. Dice: «Yo he conocido a muy pocos diplomáticos españoles, y alguno de ellos ni siquiera conocía los límites geográficos del país en que representaba a España; pero éste más que los otros, tenía un orgullo a prueba de bomba; y como quiera que lo único que hoy tenemos en España es ignorancia y orgullo, no se puede pedir más perfecta representación de lo que somos...».

Ganivet contestaba así, sin saberlo, a aquel canciller que había informado a Melchor Almagro San Martín con tanta viveza de juicio. O, posiblemente, a toda la diplomacia española.

Este es el hombre Ganivet. ¿Qué puede importarnos el diplomático?

EL GANIVET POETA

«El Ganivet poeta —«El escultor de su alma»— (dice Cristóbal de Castro en el prólogo

de la primera edición del «Ideario de Ganivet», recopilación de José García Mercadal, años veinte) es un calderoniano impenitente de conceptismo, énfasis y tradición. En esto, como en tantas cosas, sacrifica, un poco sentimental, su modernidad a su patriotismo, sus «aires de fuera» a la sobriedad castellana. Los «ultraístas» de hoy tal vez sonrían, entre sorprendidos y piadosos de las décimas y quintillas de este renovador literario. Sin embargo, este culto rítmico es quizá la ofrenda votiva de más valor en Ganivet».

Ganivet no fue nunca calderoniano; no podía serlo. Es un poeta directo. En «Alma acrisolada», dirá: «Que en este soñar incierto / del vivir, hay algo cierto; / la lucha del alma acrisola, / y al cesar el alma es sola / cual diamante en un desierto».

Afirma lo que Juan de Mairena decía de su maestro Abel Martín: La poesía es el reverso de la filosofía, el mundo visto, al fin, del derecho.

Calderón de la Barca —aprecia Mairena— «amojama un estilo»; el estilo de Ganivet, por el contrario, es sencillo: «¡Qué bonitos son los niños! /



Ganivet sólo quería ver brotar «las nuevas flores del ideal humano». (Lápida de Ganivet en Riga).

¡Qué alegría traen tan plácida! / Cada niño es un cupido: / sus sonrisas son sus alas...»

Angel Ganivet cumple exactamente uno de los consejos de Mairena: «Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura».

No se suicidó siquiera como Larra, bajo el signo de Werter. Le llevó a su acción suicida una parálisis general progresiva, cuya aparición, «iniciada antes de declararse médicamente, explica la oscuridad de algunas ideas y frases del autor granadino, así como su extravagante conducta personal en muchos pasajes de su corta vida, cuando se acercaba a su fin particularmente» (8).

PUNTO FINAL EN LA OBRA DE GANIVET

Nunca puede ponerse punto final a nada: siempre queda algo por decir. Pero en Ganivet el punto final se exige. Se quiso hace cuarenta años, aunque el prólogo de Laín Entralgo sea de 1942, fundirle en su pensamiento a una España que él no pudo sentir. En verdad piensa uno con zozobra qué no se puede hacer en este país con los muertos. El Hombre Ganivet no es, en forma alguna, de aquel «modo de ser español» invocado por José Antonio: sin solidarizarse ni con la geografía ni con el paisaje, sino sólo con la historia «depositaria de valores eternos»... Ganivet fue todo un clarín societario y enraizado a la geografía de su Granada. Conocía su patria y la amaba como empresa futura, pero no en su pasado histórico. Y él bien lo decía:

(8) Melchor Almagro San Martín, trabajo citado.



«El Ganivet poeta —«El escultor de su alma»— es un calderoniano impenitente de conceptismo, énfasis y tradición». (Angel Ganivet).

«Hay muchas maneras de amar la patria, y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya a dignificarla; nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva que no damos importancia más que al derramamiento de sangre».

Es de incalculable peso esta verdad, y los patriotas de la patria en violencia —huracán o volcán— no lo vieron. Este Ganivet deformado es el primer error entre los errores de cuarenta años de errores ininterrumpidos. Que no se produzcan más errores y se busquen nombres gloriosos pasados para hacer de ellos mitos de guerra: quehacer político de dictadores. En España, el imperio sólo puede alcanzar a la administración sabia en la libertad de los españoles.

Ganivet sólo quería ver brotar «las nuevas flores del ideal humano». (Fin de uno de sus sagrados párrafos en «La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español, Pío Cid»). ■ J. M. N.